

REINHOLD MESSNER – Ascensión sin oxígeno

Messner se estrenó en el Himalaya (1970) con la ascensión al Nanga Parvat, montaña de 8125 m situada en la región de Cachemira. Le acompañaba su hermano Günter, que falleció durante el descenso. Esta enorme tragedia sin embargo no desalentó a Messner, que llevaba la montaña en la sangre. En 1978 iba a rubricar la primera de sus grandes aventuras: la ascensión de los 8848 m del monte Everest sin bombonas de oxígeno, un desafío que ningún alpinista había superado.

En sus crónicas nos dice: "En las expediciones, lo que me interesa es acercarme más a mí mismo; mirar hacia mi interior. Cuando subo muy alto, puedo mirar muy dentro de mí. Pero si introdujera medios técnicos entre la montaña y yo, no podría percibir ciertas sensaciones: con la mascarilla de oxígeno no puedo comprobar, no puedo percibir qué significa escalar alturas de 8000 metros y más, combatir la tendencia del cuerpo a no obedecer y soportar la soledad sin ninguna ayuda".

Messner había demostrado al mundo que un hombre bien preparado podía enfrentarse con sus propios medios al desafío de la Gran Madre del Mundo, como llaman los nativos del Himalaya al gigantesco monte Everest.

Coraje para asumir riesgos – ¿y mis miedos?

Naturalmente, no esperamos que nadie apague el ordenador ansioso por recoger el equipaje y marcharse al Himalaya a subir grandes cumbres a puro pulmón. Sin embargo, la historia de Reinhold Messner sí nos puede servir para reflexionar sobre el hecho de asumir los riesgos inherentes a salir de nuestra "zona de confort".

Nuestra cultura y la educación que recibimos desde pequeños nos encaminan hacia la "seguridad" de lo conocido. Cuando la ciencia no puede determinar qué nos espera más allá de algo, simplemente nos recomienda no probarlo. Sin embargo, poco se habría avanzado de no ser por los diversos Messner que, a lo largo de la historia del mundo, han arriesgado su seguridad, e incluso su vida, para avanzar un paso más y demostrar que en ocasiones lo conocido no es el límite de la realidad.

El emprendedor tiende de manera natural a saltarse las fronteras de la comodidad en su búsqueda de una situación más beneficiosa: mejorar resultados, alcanzar una meta determinada, convertir una idea empresarial en una oportunidad de negocio... Podríamos decir que su zona de confort es justamente salirse de su zona de confort.

Si nos fijamos en el ámbito de la intra-emprededuría, la primera dificultad de las empresas radica –una vez más– en dirigir adecuadamente la fuerza natural del emprendedor para que esta capacidad de asunción de riesgos no se tome de forma desmesurada o que pueda afectar de manera errónea a los planes de la organización.

Y la segunda, si no contamos con emprendedores natos o activos, consiste en saber motivar a nuestros equipos para que desarrollen esta actitud de desinhibición ante los riesgos. De hecho, la tendencia a arriesgar la tenemos todos, todos solemos fabular con qué ocurriría si fuéramos capaces de... si nos atreviéramos a... Lo que nos contiene, en menor o mayor medida, son nuestros miedos, es el temor a las consecuencias que puedan tener nuestros actos osados.

Curiosamente, para potenciar esta capacidad –ya sea en nuestro equipo o para nosotros mismos– no tenemos que pensar en cómo generar coraje, sino en cómo aminorar temores. O sea, en minimizar la sensación de riesgo ante las actitudes que van más allá de lo acostumbrado.

En un estudio que se realizó con enfermos en fase terminal se les preguntaban qué cambiarían de su vida si volviesen a nacer, la mayoría de ellos afirmaban que, de tener otra oportunidad, "arriesgarían más".

Si realmente creemos en que nuestra idea puede tener éxito, tengamos el valor suficiente para arriesgar recursos, tiempo o nuestra propia "seguridad". El único fracaso verdadero es no haberlo intentado. Aunque quizás deberíamos empezar por identificar nuestros propios miedos... ¿conoces los tuyos?

